

CAPITULO XI.

Los españoles en Africa.—Establecimiento de la Universidad de Alcalá.—Derrota de los Gerbes.—Nacimiento y muerte del príncipe D. Juan.—Liga de Cambray.—Guerras en Italia.—Julio II y Leon X.—Invasión y conquista de Navarra.—Queda incorporada á la corona de Castilla.

HORRIBLE fue la matanza y el saqueo á que se entregaron los castellanos en Oran, sin que fueran bastante á impedirlo los esfuerzos de Pedro Navarro, quedando mas de cuatro mil moros muertos y de cinco á ocho mil prisioneros.

Santiago y Cisneros! habia sido el grito de los cristianos, y Sosa, capitán de la guardia del Cardenal, fue quien primero subió al adarve siguiendo sus huellas el ejército entero.

Al día siguiente Cisneros tomó posesion de la ciudad, recogiendo sobre medio millon de ducados á que ascendía el botin y poniendo en libertad á unos trescientos cautivos encerrados en los calabozos de Oran.

Graves desavenencias ocurridas entre el Cardenal y el conde Pedro Navarro, unidas al convencimiento que adquirió Cisneros de la astucia con que el Monarca procedía respecto á él, obligáronle á renunciar á sus belicosos planes respecto á Africa, regresando á la Península y dirigiéndose á Alcalá, consagrándose al cuidado de su diócesis, á la magnífica edicion que estaba preparando de la *Biblia Poliglota* y al régimen y adelanto de su naciente Universidad.

Semejante institucion, de la cual nos ocuparemos con mas extension al hacer el resumen general de todo el reinado de los Reyes Católicos, habia sido el objeto constante de las aspiraciones de Cisneros, y á ello se habia consagrado con un ardor extraordinario.

Trazados los planos por el arquitecto Pedro Gumiel, púsose la primera piedra con gran pompa en 28 de febrero de 1498, y diez años despues, en 26 de julio, se inauguraba bajo el título de Colegio Mayor de San Ildefonso.

El Cardenal trajo para ella los profesores mas doctos, tanto de España como del extranjero, asignando para los gastos de su fundacion una renta en fincas de catorce mil ducados, que aumentó posteriormente, y todo su afan estaba concentrado en el adelanto y prosperidad de aquella floreciente escuela.

Entre tanto el Rey, que sabia lo que verdaderamente valia la conquista hecha por Cisneros en Africa, envió refuerzos á Pedro Navarro, y Bugía, Argel, Túnez, Tlemecén y Trípoli cayeron en poder de los cristianos, deteniendo únicamente sus conquistas por aquella parte el desastre ocurrido en la isla de Gerbes, que costó la vida á D. Garcia de Toledo, quedando bastante malparado el ejército castellano.

En 3 de mayo de 1509 quedaron destruidas las esperanzas que D. Fernando concibiera con motivo del embarazo de su esposa. Dió esta á luz en Valladolid un niño que debia llevar el nombre de don Juan, el cual vivió solamente algunas horas.

Esto produjo un gran sentimiento al Monarca, que presto, ante mas graves atenciones, hubo de dominar su pena.

Luis XII, deseoso de repartirse las posesiones continentales de la república de Venecia con el Emperador, parece que en la entrevista que tuvo en Saona con el rey de España le dió parte de esto, mas Fernando, con aquella prudencia tan caracterista en él, no quiso decidirse, hasta no haber estudiado el asunto y analizado las ventajas que podría obtener de él.

El día 10 de diciembre de 1508 verificóse en Cambray la reunion de los que iban á tomar parte ó á sancionar aquel hecho.

El Emperador, el rey de Francia, el Pontífice, que era á la sazón Julio II, y varios príncipes que estaban quejosos de los venecianos formaron el famoso tratado que se denominó *Liga de Cambray*, quedando acordado en él que el día 1.º de abril habrían de ser invadidos los estados de Venecia, sin que ninguno de los confederados desistiera de su empeño hasta verle realizado.

Triste suerte amenazaba á la famosa república de Venecia; pero merecida la tenia hasta cierto punto, toda vez que no habiendo reparado en medios para la adquisicion de su riqueza y de su preponderancia, estaba destinada á perecer por efecto de los mismos celos y envidias que su engrandecimiento excitara.

«Para que todo en este asunto fuese odioso y bajo —dice un historiador,— los reyes de España y Francia, que deseaban obtener la cooperacion de Florencia, sacrificaron la ciudad y comun de Pisa, que tomaran bajo su proteccion, vendiéndola á los florentinos por el precio de cien mil ducados (1).»

«Plática muy deshonesta y de gran infamia para estos príncipes —dice Zurita,— y de mayor nota para la persona del Rey Católico, en cuanto protegia él aquella ciudad (2).»

Rompiéronse las hostilidades en abril de 1509, segun estaba convenido, y mientras los franceses se apoderaban de las poblaciones que les estaban asignadas en aquel tratado, el virey de Nápoles hacia lo propio con las plazas de la Pulla, que pertenecian á Fernando.

Presto los confederados comenzaron á dividirse. La hora de repartirse los despojos habia llegado, y natural era que con este motivo comenzaran las disensiones.

Desavinieronse el Pontífice y el rey de Francia, y mientras el primero preparaba una nueva liga para expulsar á los franceses, Luis XII convocaba un concilio en Pisa para examinar la conducta del Papa, y adelantaba sus tropas hacia los estados de la Iglesia.

Fernando, entre tanto, habia sacado gran partido de la situacion

(1) Gebhart, *Historia de España*, tomo IV, cap. LVI.
(2) Zurita, *Historia del rey D. Fernando*, lib. VIII, cap. XXVIII.

en que se hallaba el Emperador, conviniéndose en que el rey de Aragon seguiria con la gobernacion de Castilla hasta que su nieto, el príncipe D. Carlos, contase veinte años; que se le aumentaria la pensión que disfrutaba, en el caso de casarse, y que si quisiera venir á España se le enviaria una armada desde aquí, en la cual su hermano el infante D. Fernando partiria para Flandes.

Despues de hecho este arreglo, el Monarca aragonés fijó sus ojos en Italia, y al ver que los franceses se habian apoderado de Boloña y que llevaban la mejor parte en la guerra, apresuróse á dirigir cargos y reconvencciones al Monarca francés, rogándole que no rompiera la paz de la cristiandad, y mientras por la via diplomática obraba así, preparaba grandes armamentos por mar y tierra.

Julio II á su vez, para empeñar mas á Fernando en su ayuda, concedióle la investidura del reino de Nápoles, le relevó del censo que pagaba á la Iglesia y le declaró libre de la concordia que hiciera con el francés cuando se casó con D.ª Germana.

Por este tiempo ocurrieron serios conflictos en Nápoles con motivo de querer establecer Fernando en aquel reino el tribunal de la Inquisicion, por lo que el virey, que lo era D. Ramon de Cardona, limitóse á ordenar que salieran del reino los judíos y conversos de la Pulla.

Proseguíase entre tanto la guerra entre Francia y Julio II, y el día 4 de octubre celebróse un tratado entre este, el rey de España y la república de Venecia, al que se dió el nombre de *Liga Santísima*, por el cual el rey de Aragon habia de ayudar al Pontífice con un poderoso ejército.

Hízolo así, pero la funesta batalla de Rávena, la mas encarnizada y sangrienta que cuenta la historia de Italia en el espacio de un siglo, derrotó nuestro ejército, cayendo prisioneros el célebre Pedro Navarro y otros muchos esforzados caudillos.

D. Ramon de Cardona habíase empeñado en darla, desoyendo los consejos que le diera el rey de Aragon, y á no haber sido porque en lo mas récio de ella, Gaston de Foix, hermano de la reina de Aragon, que mandaba el ejército francés, sucumbió á manos de un soldado español, hubiera sido mucho mas terrible el desastre.

La muerte de Gaston desorganizó al ejército francés, y cuando ya Fernando habia dado orden á Gonzalo de Córdoba para que estuviese dispuesto á partir para Italia, pues veía aquello en mal estado, el desaliento que cundió entre los franceses, la relajacion de su disciplina y la falta de concierto en sus acciones, hicieron que los confederados obtuvieran grandes ventajas sobre ellos, consiguiendo arrojarles de Italia.

Entonces Julio II trató á su vez de deshacerse tambien de los españoles, pero la muerte atajóle en medio de sus vastos planes, y sucedióle el cardenal Juan de Médicis, bajo el nombre de Leon X, verificándose con este advenimiento un cambio radical en la situacion de Italia.

Venecia celebró un tratado con Francia, y á su vez España ajustó una tregua con el francés en sus dominios españoles, y dedicó sus esfuerzos á asegurar sus conquistas en Navarra.

La muerte de Gaston de Foix en la batalla de Rávena habia alentado las esperanzas de Fernando respecto al reino de Nápoles, pues el rey de Francia protegia las aspiraciones de su sobrino á aquella corona.

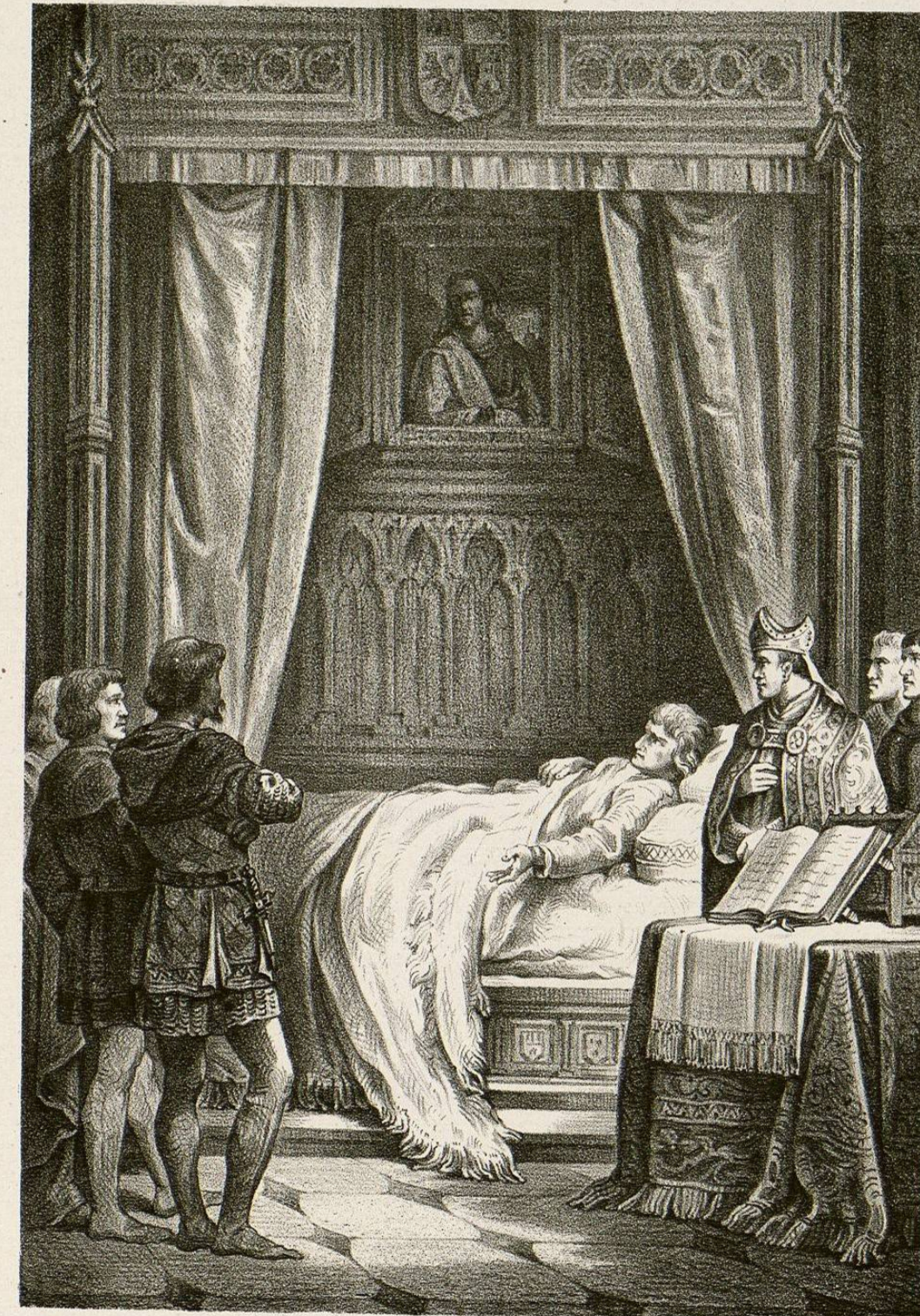
Eran reyes de Navarra á la sazón Juan de Albret y Catalina, hija de Magdalena, hermana de Luis XI, y tanto Fernando como Isabel habian siempre mantenido buenas relaciones con estos, procurando separarles de la influencia francesa, en la seguridad de que, mas tarde ó mas temprano, aquel estado habia de venir á formar parte de la corona de España.

Legó un momento en que los reyes de Navarra, temerosos del de Aragon, se aliaron con el francés que se hallaba solo en la guerra de Italia contra Julio II, los venecianos y los españoles, y mientras que el Papa pronunciaba contra ellos la sentencia de excomunion por haberse aliado con los franceses, el rey de Aragon enviaba poderosas fuerzas, que en breve espacio se apoderaron de Navarra, mientras los ingleses, auxiliares de Fernando en aquella empresa, perdian un tiempo precioso.

Los reyes de Navarra hubieron de huir á Francia, y el tratado que mas tarde se ajustó en el castillo de Orthez entre el rey de Francia y el de España, acabó de arrebatar toda esperanza al destronado rey de Navarra.

Mientras el rey D. Fernando tuvo alguna esperanza de sucesion por parte de su esposa D.ª Germana continuó titulándose depositario del reino de Navarra, mas desde el momento en que la perdió, ya no le importaba, por decirlo así, el engrandecimiento de sus estados patrimoniales, y, por lo tanto, en 15 de julio de 1515, en las Cortes celebradas en Búrgos, incorporó perpétuamente el reino de Navarra á la corona de Castilla.

A principios de aquel año, en 1.º de enero, falleció el rey de Francia, y su muerte desbarató el matrimonio estipulado de Fernando, nieto del rey de Aragon, con Renata, hija del rey Luis, matrimonio sobre el cual pensaba el rey de Aragon perpetuar la paz con aquella nacion y que el Emperador confirmase la tregua que se proyectaba.



MUERTE DE FERNANDO EL CATÓLICO

CAPITULO XII.

Nuevas desavenencias entre Fernando y Gonzalo de Córdoba. — Guerras en Italia. — Muerte del Gran Capitan. — Batalla de Marignano. — Últimos momentos del rey D. Fernando.

D. Juan de Albret y su esposa D.^a Catalina, apoyados por Francisco I, sucesor de Luis XII, hicieron alguna tentativa para recobrar el reino de Navarra, enviando un embajador al Rey Católico pidiéndole que les devolviese su reino, y citándole, si así no lo hacía, ante el tribunal de Dios.

Fernando contestó que lo había adquirido justamente, en virtud de una bula pontificia que se lo concedía á quien primero se apoderase de él, que Dios le había hecho la merced de conservárselo, y por lo tanto no había lugar á reclamación alguna.

Retirado en Loja el Gran Capitan, fue necesario que la demota de Rávena, de que hemos hablado ya, hiciera estremecerse al mismo monarca D. Fernando, para que este, cediendo tanto á la propia necesidad cuanto á las repetidas instancias de sus aliados, enviase á Gonzalo las órdenes para que se dispusiera á entrar en campaña.

Sin embargo, presto se arrepintió de aquella resolución al ver el entusiasmo con que los castellanos acogieron semejante disposición, acudiendo de todas partes y de todas clases y condiciones á servir bajo las órdenes de aquel tan esclarecido general.

Segun dice Pedro Mártir de Angleria, era tal la multitud que se preparó á guerrear bajo el mando del ilustre caudillo, que «parecía que se iba á despoblar España de lo mas noble y generoso.»

Semejante entusiasmo no podía menos de escitar doblemente los recelos del Monarca, que además se veía contrariado en sus planes sobre Navarra, puesto que todos querían marchar á Italia con Gonzalo abandonando aquella empresa.

Esto, unido á que el aspecto de los negocios de Italia se presentó algo mejor, segun manifestamos ya, hizole dar orden á Gonzalo para que licenciara sus tropas, no dando paga mas que á los que quisieran alistarse para el ejército de Navarra.

Semejante noticia fue acogida con disgusto, especialmente por el Gran Capitan, que manifestó su descontento con frases bastante fuertes, pidiendo al Rey licencia, una vez que no era útil en España, para retirarse á su ducado de Terranova, en Nápoles, donde pudiese vivir tranquilo.

Esta, como fácilmente puede comprenderse, no era la resolución mas á propósito para calmar los recelos de Fernando, y así fue que por medio de la dulzura y de la persuasión trató de disuadirle explicándole las razones que tuvo para desistir de aquella empresa, y rogándole que permaneciera en Loja hasta tanto, por lo menos, que se hubiesen arreglado los asuntos de Italia, quedando despues en disposición de obrar libremente.

Sin embargo de que nada se ha podido probar que empañase en lo mas mínimo la lealtad de Gonzalo, algunos historiadores creen que había razon para los recelos de Fernando con las voces que circulaban respecto á los tratos secretos que se decía mediaron entre Julio II y Gonzalo para expulsar de Italia á los españoles y á los alemanes y obtener el Gran Capitan el ducado de Ferrara, en pago de sus servicios.

Además, créese que tampoco Gonzalo fue del todo extraño á las pretensiones del emperador Maximiliano respecto al gobierno de Castilla durante la minoría de su nieto, y que aun trató de embarcarse para Flandes, segun opinión de algunos, para ponerse al frente del ejército pontificio; segun otros, para traer al príncipe Cárlos á España.

Fuera de ello lo que quisiera, pronto había de ver Fernando desaparecer la nube que empañaba el horizonte de su existencia. Gonzalo de Córdoba, atacado de unas cuartanas en 1515, fue á exhalar el postrer aliento en 2 de diciembre de aquel año, sin que todos los recursos de la ciencia fueran bastantes á salvar aquella tan noble existencia.

Espiró en su palacio de Granada en los brazos de su esposa y de su hija, á la edad de sesenta y dos años.

Dijo que se arrepentía en los postreros instantes de tres cosas: de haber faltado á la fe que juró al duque de Calabria; de haber violado el salvo conducto que diera á César Borgia enviándole preso á Castilla, y de la tercera no quiso decir nada, sospechándose por algunos que era el no haber puesto el reino de Nápoles bajo la obediencia del Archiduque, y por otros, de no habérselo apropiado para sí.

Una prudencia extraordinaria, un valor á toda prueba, tanto para luchar con sus enemigos, como para sobrellevar las penalidades; una constancia inquebrantable en sus propósitos y un gran conocimiento de los hombres y de las cosas, fueron las cualidades distintivas de este esforzado guerrero, que puede decirse formó el verdadero carácter militar de sus soldados, inspirándoles, como consigna un historiador contemporáneo, las altas cualidades que despues les distinguieron.

El Rey y la corte sintieron profundo pesar por la muerte de Gonzalo, escribiendo aquel una carta de pésame á su esposa, en la cual lamentaba semejante acontecimiento, que le privaba de «quien le había prestado inestimables servicios y á quien siempre había profesado la estimación mas sincera.»

Entre tanto el Monarca, que había sentido profundamente la muerte del hijo que tuviera de D.^a Germana, no podía disimular

su disgusto por la falta de sucesion, disgusto que aumentaba, como es consiguiente, la antipatía que profesaba á la casa de Austria, á quien jamás quiso bien.

Su debilitada naturaleza le desesperaba, y para vigorizarla, recurrió á medios artificiales que solo consiguieron empeorar su salud.

Esta se alteró de una manera tan visible y aquejóle tales afecciones, que, como dice Zurita, hicieron creer á algunos que le habían dado yerbas.

Con el mal estado de su salud, agriósele de un modo extraordinario el carácter, y su inquietud y su impaciencia eran tales, que no se encontraba bien en parte alguna, y sus postreros años se distinguieron por la continua movilidad en que estuvo la corte.

Francisco I de Francia demostró abiertamente sus pretensiones, no ya al ducado de Milan solamente, sino al dominio de toda la Italia, y al conocerlas el Rey Católico, á pesar de su mal estado, recobrando su antigua energia ante la inminencia del peligro, promovió una liga entre él, el Pontífice, el emperador Maximiliano, Sfozza, duque de Milan, y los suizos, al objeto de oponerse á las aspiraciones del Monarca francés.

Sin embargo, la concordia que se estableció entre Cárlos de Austria, que habiendo salido de la tutela de su abuelo el Emperador, se acababa de hacer cargo del gobierno de Flandes, y Francisco I, pareció por un momento conjurar la tempestad.

Mas no fue así; Francisco I invadió con un ejército formidable el Milanesado, que se hallaba defendido por quince mil suizos, los soldados del Papa, bajo el mando de Lorenzo de Médicis, y el ejército español, mandado por Cardona, que estaba en la parte del Po.

Fernando había pedido á las Cortes de Calatayud un servicio de dinero que le era necesario para la prosecucion de las operaciones, mas los ricos hombres no querían concedérselo sino bajo condiciones á que el Monarca no quiso asentir, y las Cortes se cerraron, y Fernando hubo de contentarse con subsidios particulares, regresando á Castilla, que siempre se le había mostrado mucho mas dócil que los altivos é indomables magnates aragoneses.

Las tropas de la liga, reforzadas con la division española, que había recibido orden de Fernando para que acudiera á auxiliar á aquellas, marcharon á oponerse á los franceses.

Entre estos se hallaba el famoso Pedro Navarro, que prisionero en Rávena, al ver que Fernando había tomado poco interés en su rescate, accedió á las proposiciones que le hicieron los franceses y entró á su servicio.

Discordes los de la liga, perdieron un tiempo precioso que los franceses supieron aprovechar apoderándose de Novara.

Los suizos, viendo que las demás tropas no se habían reunido todavía, salieron de Milan al encuentro del enemigo, y empeñada la batalla en 13 de setiembre en Marignano, tras dos dias de encarnizado combate quedó la victoria por los franceses, que se apoderaron de Milan, y haciendo prisionero al Duque, le enviaron á Francia.

El Pontífice celebró entonces una alianza con Francisco I y la república de Venecia, encontrándose de frente con estos tres poderosos enemigos el Rey Católico, que no tuvo otro remedio que firmar un tratado de paz y alianza con su yerno Enrique VIII de Inglaterra.

Pero de poco podia servirle ya este nuevo auxiliar. Sus fuerzas iban debilitándose por momentos. No podia soportar la existencia en las ciudades populosas, en las que decía que se ahogaba, y la mayor parte del tiempo la pasaba en el campo.

En el mes de enero de 1516, en ocasion que se dirigia hacia Andalucía en busca de mas templado clima para sobrellevar lo mas crudo del invierno, al pasar por Madrigalejo sintióse de tal modo agravado, que no le fue posible continuar su camino.

Poco antes había llegado á Castilla el dean de Lovaina, Adriano de Utrecht, enviado de Cárlos, bajo la apariencia de tratar con el Monarca respecto á la cuestion del gobierno de la nacion, mas en realidad, para encontrarse aquí en el próximo caso de su muerte, y hacerse cargo del gobierno en virtud de los poderes que mas tarde presentó.

Estipulóse entre ambos un nuevo tratado, por el cual D. Fernando había de gobernar durante su vida los reinos de Castilla y Aragon, percibiendo D. Cárlos cincuenta mil ducados anuales en Amberes, y que si venia á España se le asignarian las rentas y derechos como tal príncipe de Asturias.

En Guadalupe se encontraba el dean de Lovaina cuando supo lo grave del estado de Fernando, y se apresuró á marchar á Madrigalejo, pero el Rey, que adivinó su objeto, no quiso recibirle, diciendo «Ha venido á verme morir.»

La reina D.^a Germana, que se hallaba en Lérida celebrando Cortes á los catalanes, apresuróse á marchar al lado de su esposo, y cuando este comprendió por lo que los facultativos le digeron que estaba próximo su postrer momento; recibió con entera devocion los Santos Sacramentos, y llamó á aquellos de sus consejeros que se encontraban cerca de él para tratar de la gobernacion del reino despues de su muerte.

Esta tuvo lugar en la madrugada del dia 23 de enero de 1516.



PRESENTACION DE CISNEROS Á ISABEL LA CATÓLICA.